

Las ferias

Las ferias no pueden ser demasiado grandes, ni demasiado pequeñas, pero deben ser monográficas.

Las ferias han modificado su papel en estos últimos años. De ser las exposiciones populares que fueron hasta los años 60 han pasado a ser foros de contratación.

Tal vez estamos ahora al final de otra época en la que las ferias vuelven a ser exposiciones no ya para el público, sino para los profesionales.

Los compradores van a estudiar, comparar, hablar con unos y otros y, meses después, contratar.

Ha pasado ya el "aquí te pilio, aquí te mato". Exponer en una feria es sembrar; recoger hay que hacerlo en casa.

Las ferias no pueden ser muchas, ni pocas: tienen que ser las justas. Vivimos un verdadero sarampión de ferias. Toda autonomía que se precie, toda ciudad que se considere tiene o quiere tener su feria (incluso muchos pueblos también).

Hay que ordenar esto, no tiene sentido ni

sirve para nada que haya 50 ferias de mueble o de la madera, el mueble y maquinaria, o de todo a la vez.

El derroche es un coste que repercute en el producto y esto significa que ese producto resulta más caro que el italiano, el portugués o el de Taiwan.

Las ferias han de ser serias, imaginativas, exponentes de los sectores y sobre todo rentables para el sector.

En estos años estamos presenciando una auténtica efervescencia expositiva, fomentada muchas veces desde ambientes políticos que se comen cuantiosas cantidades de dinero y que queman a los industriales de la zona que se ven obligados a participar. En algunos lugares, después del batacazo, han decidido aplazar, bianualizar, cambiar de filosofía, o simplemente suprimir. La segunda parte será buscar aplicación a esos faraónicos edificios.

El sector tiene mucho que decir en todo esto, porque muchas veces los empresarios se ven manipulados por quienes sólo les interesa salir en la foto.

